

# El vuelo del sapo

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Luis Scafati

loqueleg

*Mientras los leones no tengan  
su propio historiador,  
las historias de cacerías seguirán  
glorificando al cazador.*

PROVERBIO AFRICANO

## EL VUELO DEL SAPO

—Lo que más me gusta es volar —dijo el sapo.

Los pájaros dejaron de cantar.

Las mariposas plegaron las alas y se quedaron pegadas a las flores.

El yacaré abrió la boca como para tragar toda el agua del río.

El coatí se quedó con una pata en el aire, a medio dar un paso.

El piojo, la pulga y el bicho colorado, arriba de la cabeza del ñandú, se miraron sin decir nada. Pero abriendo muy grandes los ojos.

El yagareté, que estaba a punto de rugir con el rugido negro, ese que hace que deje de llover, se lo tragó y apenas fue un suspiro.

El sapo dio dos saltos para el lado del río, mirando hacia donde iba bajando el sol, y dijo:

—Y ahora mismo me voy a dar el gusto.

—¿Está por volar? —preguntó el piojo.

—Los gustos hay que dárselos en vida, amigo piojo. Y hacía mucho que no tenía tantas ganas de volar.

Un pichón de pájaro carpintero se asomó desde un hueco del jacarandá:

—Don sapo, ¿es lindo volar? Yo estoy esperando que me crezcan las plumas y tengo unas ganas que no doy más. ¿Usted me podría enseñar?

—Va a ser un gusto para mí. Y mejor si lo hacemos juntos con tu papá, que es el mejor volador.

—Sí, mi papá vuela muy lindo. Me gusta verlo volar. Y picotear los troncos. Cuando sea grande quiero volar como él, y como usted, don sapo.

El piojo miraba y comenzaba a entender.

El yacaré seguía con la boca abierta.

El tordo y la calandria se miraron y decidieron que era hora de intervenir.

—Don sapo —dijo el tordo—, ¿se acuerda de cuando jugamos a quién vuela más alto?



—Ustedes me ganaron —dijo la calandria— porque me distraje cantando una hermosa canción, pero otro día podemos jugar de nuevo.

—Cuando quiera —dijo el sapo—, jugando todos estamos contentos, y no importa quién gane. Lo importante es volar.

—Yo también —se oyó una voz que venía llegando—, yo también quiero volar con ustedes.

—Amigo tatú —saludó el sapo—, qué buena idea.

—Pero no se olvide de que no me gusta volar de noche. Usted sabe que no veo bien en la oscuridad.

—Le prometo que jamás volaremos de noche —dijo el sapo.

La pata del coatí ya parecía tocar un tambor del ruido que hacía subiendo y bajando.

El yacaré cerró los ojos pero siguió con la boca abierta.

Los ojos de la pulga y el bicho colorado eran como una cueva de soledad. Cada vez entendían menos.

El sapo sonrió aliviado.

El tordo y la calandria le habían dado los mejores argumentos de la historia, y ahora el tatú le traía la solución final, ya que el sol se acercaba a la punta del río.

—¿Se acuerda, amigo sapo —siguió el tatú—, cuando volábamos para provocarlo al puma y después escapar?

—¿Así fue? Yo había pensado que el puma era el que escapaba.

—No exageremos, van a pensar que somos mentirosos.

—¡Y qué otra cosa se puede pensar! —dijo la lechuza, que había estado escuchando todo.

—Gracias —dijo el sapo en voz baja, como para que lo escucharan solamente sus patas.

Eso era lo que estaba esperando. Alguien con quien discutir y hacer pasar el tiempo.

—En todo el monte chaqueño no hay mentirosos más grandes —siguió la lechuza—. Y ustedes, bichos ignorantes, no les sigan el juego a estos dos.

—¿Cuándo dije una mentira? —preguntó el sapo.

—¿Quiere que hable? ¿Quiere que le diga?

—Hable nomás —dijo el sapo, contento porque la lechuza lo estaba ayudando a salir del aprieto.

—Mintió cuando dijo que los sapos hicieron el arco iris. Mintió cuando dijo que hicieron los mares y las montañas. Cuando dijo que la tierra era plana. Cuando dijo que los puntos cardinales eran siete. Cuando dijo que era domador de tigres. ¿Quiere más? ¿No le alcanza con esto?

El sapo escuchaba atentamente y pensaba para qué lado convendría llevar la discusión.

—Me sorprende su buena memoria, doña lechuza. Ni yo me acordaba de esas historias.

—Y yo me acuerdo de otra historia, don sapo, esa de cuando usted inventó el lazo atando un montón de víboras —dijo el piojo.

—Otra mentira más grande todavía —rezongó la lechuza—, miren si un sapo va a vencer a un montón de víboras.

Los ojitos del piojo brillaron de picardía.



—Pero yo lo vi. Era una tarde en que el sol quemaba la tierra y las lagartijas caminaban en puntas de pie. Yo vi todo desde la cabeza del ñandú, ahí arriba, de donde se ve más lejos.

—Piojito, sos tan mentiroso como el sapo y nadie te va a creer. Es mejor que se vayan de este monte ya mismo. Y que no vuelvan nunca más.

—Ahora que me acuerdo, yo sé un poema que aprendí dando la vuelta al mundo —dijo el bicho colorado—. Dice así:

*De los bichos que vuelan  
me gusta el sapo  
porque es alto y bajito  
gordito y flaco.*

—¡Qué hermoso poema! —dijo el pichón de pájaro carpintero—. Cuando sea grande yo quiero hacer poemas tan hermosos como ése.

—Doña lechuza —dijo la pulga—, estas acusaciones son muy graves y tenemos que darles una solución.

—Hay que decidir si el sapo es un mentiroso o un buen contador de cuentos —propuso el yacaré.

—Eso es muy fácil —opinó el coatí—, los que crean que el sapo es mentiroso, digan sí. Los que crean que no es mentiroso digan no. Y listo.

—Y si se decide que es un mentiroso se tiene que ir de este monte —dijo la lechuza.

—Claro —opinó la pulga—. Si es un mentiroso se tiene que ir.

—Aquí no queremos mentirosos —dijo el yacaré.

—Yo mismo me encargaré de echar al que diga mentiras. O lo trago de un solo bocado —dijo el yagüareté.

—Eso sí que no —protestó el yacaré—. Tragarlo de un solo bocado es trabajo mío.

—Dejen que le clave los colmillos —dijo el puma, que recién llegaba—. Odio a los mentirosos.

—Bueno —dijo la lechuza—, los que opinen que el sapo es un mentiroso, ya mismo digan “sí”.